

POETAS CAMPOGIBRALTAREÑOS (I).

1.- MANUEL J. RUIZ TORRES: DE AUSENCIAS Y DE BÚSQUEDAS.

Luis Alberto del Castillo

El año preciso no lo recuerdo -1978 ó 1979- pero sí hago memoria que fue al quedar segundo en el Concurso Poético VI Semana de la Bahía cuando conocí a Manuel J. Ruiz Torres y a Juan José Téllez. El que mi *Yerbarena* se hubiese colocado entre aquellas dos jóvenes promesas de la Poesía campogibraltarera, me hacía sentir más joven; y, por qué no decirlo, esperanzado al ver a la siguiente generación biológica con garras y ganas de cantar al amor presente, al amor ausente y eternamente buscado; y, además también debe decirse, me sentí ilusionado al oírles sembrar versos fuertes y rebeldes contra la mugre que se nos venía encima.

El tiempo ha ido anudando mi amistad con Juan José; con Manuel Jesús mis contactos se limitan a dos ocasiones en que me atendió en función de su trabajo con una cortesía y atención exquisitas. Él se había marchado a estudiar a Cádiz y allí ha permanecido, seriamente impli-

cado en colectivos culturales y literarios como ya lo hiciera en el Colectivo del Sur de Algeciras, del cual fue uno de sus fundadores.

Hoy día, Manuel J. Ruiz Torres, según dicen *las lenguas de doble filo*, se ha pasado con armas y bagajes al campo de la Prosa, siendo un brillante cultivador del relato, género literario que por extrañas manías y modas de este país nuestro anda poco más o menos que oculto por las catacumbas de unos cuantos ilusos que aún nos atrevemos a frecuentarlo con asiduidad viciosa. No obstante, esta aparente deserción de la Poesía no supone una pérdida, puesto que si bien es cierto que su obra poética es corta -*Otros poemas; Cartas a Clara Schumann y Sonata-Adioses*- es una obra plena, completa en cuanto a que es un universo a la par cerrado en sí mismo y abierto en expansión fecunda hacia el lector que se atreva a adentrarse en sus versos.

En su primer libro *Cartas a Clara Schumann*, en el que se recogen *Otros poemas* con los cuales fue ganador de la VI Semana de la Bahía, editado cuando aún no se nos había pasado el susto del 23-F, está para mí el más lúcido, embriagante y aterradorante Ruiz Torres. En las diez cartas (1) a Clara Schumann y en el *autoenvío* late una ausencia que trasciende la del ser amado. Aquí los versos no nos hablan sólo de la persona amada lejos en momentos cruciales para el poeta, sino que en la carta 4ª tras la separación entrevé además la pérdida definitiva:

*te diré que puede ocurrir
cualquier cosa: tú misma
cerrando los huecos,
sugiriendo la escapada,
perdiéndote definitivamente,
y así nadie se entera
del miedo que paso
a que no me escribas.*

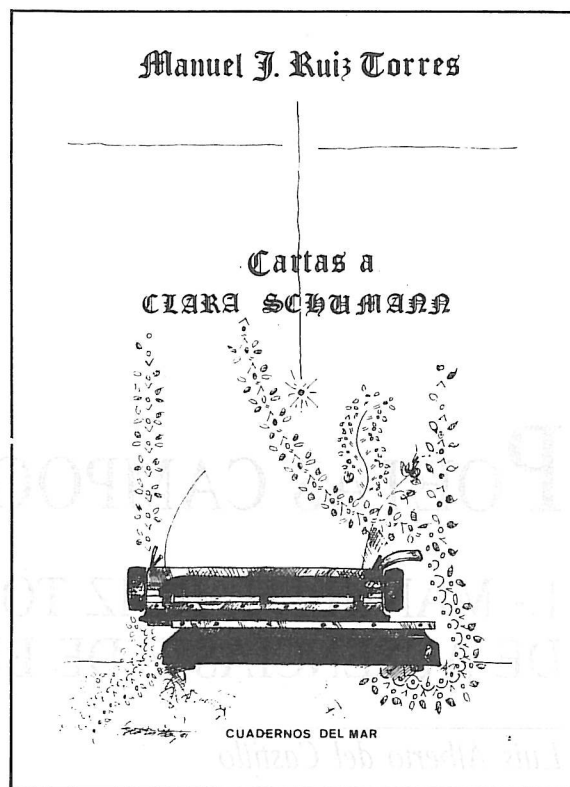
En otros momentos, después de "y todas las mañanas termino / maldiciendo a los carteros.", en las cartas 3ª, 5ª y 6ª el amante recrea a la amada, la trae consigo desde su ignota lejanía:

*(se ha hecho de noche
de pronto) y te aprendo
-estoy un paso antes
del ahora- en el color
salado de los azules
(en las últimas caladas
te llenan de matices)*

o ya sin ayuda de humos evocadores es cuando

*estoy por acostumbrarme
a este recorrer tu
cuerpo-historia: ahora,
inundados de enero,
en todo lo alto del recuerdo,
luz de flexo y tu mano
apagando la lluvia*

y no es de extrañar que en determinados momentos ese amor, que recorre incansable los senderos del cuerpo ausente, explote en un deseo fatal en los tres versos finales de la 5ª carta:



*La fiebre me estalla
los oídos: no quisiera
despertarme nunca.*

Sin embargo lo peor aún está por venir: la presencia lancinante, gravosa del ser amado que se nos revela -no lo dice, lo intuimos- cargado de imperfecciones y máculas y entonces, es cuando el poeta escribe la carta 8ª; terrible carta que pienso nunca envié a su Clara Schumann, guardándola en los más hondo de sus tuétanos, soterrado pensamiento repleto de hastío:

*lo terrible
es tener que añorar
tu ausencia algunas veces.*

Algunas veces... es el prelude de esos cinco versos desoladores, de amargo reconocimiento del hecho devastador de la soledad humana, con los que concluye la carta 9ª:

*supongo que pronto
(alguna vez habrá que hacerlo)
estaremos paseando las avenidas*

*todavía más solos,
si cabe.*

En *Cartas a Clara Schumann* vive un poeta que, como ya dijera Téllez en el prólogo que escribió para ellas, "para su mal, acostumbra a darse, con una gana química y ama a grandes sorbos"; aquí vibra en cada verso ese amor tragado, comido, inhalado hasta el atragantamiento previo al vómito y a la resaca pulsante.

En *Otros poemas* el Amor esquivo envuelto en los pliegues vitales de Manuel J. Ruiz Torres se nos va mostrando en un *strip-tease* lúdico, cáustico y satírico:

*La inocencia es un
invento americano
para vender pasta
de dentrífico. (Se
.....
(algún día le haré
caso a mi siquiatra
y dejaré de dormirme
en los retretes) (2)*

o cuando afirma burla burlando que:

*(las pausas se han inventado
para que el lector
se imagine lo que
nunca ocurre)*

o en un *crescendo* de embriaguez de los sentidos se arroja, desnudo ya entre la cochambre urbana, a la senda iniciática de su momento:

*El gotero de alcohol
se reventó
en una noche casi cálida
(la basura es una ciudad
para pisarla)
Tu ausencia se formaliza
a una hora fija. Cuanto
más necesito. Ahora
(fumaremos la piedra de oro)
(¿qué hacías en la playa?)
Nadie.*

pero ya toda fuga es inútil, el Amor va dejándose la piel a tiras en esta loca carrera, en la que el más inocente

de los cuentos subyacente en toda gran historia amorosa acaba, alquímicamente transmutado, siendo soporte de una horrible vaciedad paródica, consciente y estilísticamente buscada:

*Erase que se era
que había una vez
que tú y yo
existimos.
(pásame la mermelada de fresa)
Y te miraba
marcando una presencia de senos
cuerpo de luna sobresalto
(la cafetera está vacía)
apenas si te dabas cuenta
que estaba allí mismo
Y el ogro se nos comió
(la versión extranjera
dice que hicimos el amor
en el enorme páncreas
de la bestia)*

preámbulo de una disolución final, por medio de la cual el poeta y el Amor, ambos ligados, entremezclados en una larga náusea existencial forjada por ausencias y desamores se inmovilizan fugitivos en el último poema:

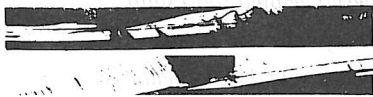
*Apenas cuerpo
(no te conozco)
te haces aire
(no puedo encerrarte:
te quiero)
Me abro para que escapes.*

De momento todo estaba dicho, luego en el 87 vendría al sol de la edición y de las magníficas ilustraciones -por segunda vez- de Juan G. Macías *Sonatas-Adioses*, donde será otro Ruiz Torres, otra vitalidad, aunque persista en una desesperada búsqueda del ser amado y de sí mismo, pugnando contra un tiempo que se le desliza, que le roba vivencias y le impulsa al

*adiós
una araña
descendiendo por mi último hilo de voz
civilizada*

Manuel J. Ruiz Torres

SONATA~ADIOSSES



Cuadernos de Al-Andalus

se nos hizo tarde

vámonos

hay que irse

dejar

las cosas en su sitio

porque existen, han existido poderosas razones para ello, porque las manos de los enamorados "*cuando te veo / no sé que hacer con el corazón / dónde esconderme las manos / para que no les veas la timidez / ni la nostalgia*";

o tus manos (adiós)

sobre el piano

las mismas

*que en el amor me arrancaron la música
qué será de mí ahora*

y al final, tras amargos interrogantes y soledades desesperadas, cuando poco a poco en la conciencia empieza a brotar el conocimiento triste de que

uno no debiera

estar hurgando en su dolor

con las manos sucias de quien olvida algo

(uno termina creyéndose dios

o un desdichado)

y sobre todo temiendo

otra vez todo tu peso aquí,

como una taquicardia,

y más pálido de lo habitual

temo tu llamada,

esa cita que aclarar y limpiar,

que arrastre como un río

y contaminado quede

y solo

porque después de todos estos encuentros y desencuentros, tras todo este *tempo* de sonatas y adioses sólo nos va quedando

lo peor

es que no hay suceso que contarte

nada

que rescatar de este naufragio aburrido

y así no hay manera

de sacudirse

ese polvo de la memoria

Tal vez por ello, por todo ese adiós que no quiero que sea infinito, porque te he llamado por teléfono y el monótono ring-ring se ha empeñado en comunicarme que estabas ausente de Cádiz es que, robándote un verso, te digo de corazón, sin protocolos, aquéllo de *a ver si nos vemos un día de éstos*.

NOTAS:

- (1) He numerado las cartas para mi comodidad. No existe tal numeración en la obra original.
- (2) He tomado para mi propósito los cuatro primeros versos y los cuatro finales, desechando los dieciséis de la parte central del poema, que reproduzco en esta nota: ... *apaga una lamparilla / de aceite). Te recubres / de saliva / (romántica- / -mente) / retiras los zapatitos / de tacón alto. Desbrochas / el cabello blanco de / cuello acerado: es sólo / un salto infinito. Vuelcas / en una telaraña de / casi miedo. Aún tienes / tiempo de seguir siendo / (si miras hacia arriba / verás una escarcha de cemento) / Silencio. Te estalla el pecho. / ...*

BIBLIOGRAFÍA

RUIZ TORRES, Manuel J.: Cartas a Clara Schumann. Cuadernos del Mar, nº 12. Marzo 1981; Valencia.
 Sonata-Adioses. Cuadernos de Al-Andalus nº 3. 1987; Algeciras.

2.- POESÍA Y COMPROMISO DE MANUEL FERNÁNDEZ MOTA.

Juan José Téllez Rubio

En muy pocos escritores de los que me han sido dados a conocer, aprecio la voluntad de compromiso con lo suyo -su tiempo, su gente, sus ideas-, que palpita todavía en la poética y en la vida misma de este Manuel Fernández Mota, nacido en Sayalonga (Málaga), a 9 de agosto de 1924.

En muy pocos escritores, también, aprecio esa voluntad de maridar la poesía con la experiencia, como un acto consciente, prometeico, definitivo. La búsqueda de la salvación, bien en el sentido religioso o en el político comparecerá fielmente a lo largo de sus diversas etapas literarias.

UNA APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA

Junto a sus ocho hermanos, Manuel Fernández Mota se educa en el seno de una familia honesta y campesina, dedicándose desde muy joven a tareas de labranza y pastoreo. El reconoce explícitamente la guía de Remedios Cruz Marín, quien fuera su maestra y que le introdujo de lleno en la literatura, desde Homero al modernismo de su paisano Salvador Rueda.

Otras contingencias y la guerra civil española le impidieron estudiar y no es hasta los 35 años de edad -ya establecido en Algeciras, junto a su esposa y sus primeros cinco hijos-, cuando se gradúa como maestro nacional, oficio del que acaba de jubilarse. Su labor literaria la inicia precisamente en Algeciras, donde publica "*Deste-*

llos del barro", en 1964 (1). Es en esa década cuando se vincula a la Agrupación de Cultura y Arte para, posteriormente, fundar la revista "*Bahía*", junto con Antonio Sánchez Campos y Daniel Florido. La revista desapareció durante la pasada década, al contar el número 50, pero aún se mantiene el premio poético que lleva ese mismo nombre. Desde "*Bahía*", Manuel Fernández Mota promueve la aparición de otras colecciones literarias, como es el caso de "*Sur y Remo*", "*Cuadernos de Almoraima*", "*Portus Albus*", así como "*Viento y Agua*" (2).

A estas fechas y alturas -primavera de 1991-, la bibliografía de Fernández Mota incluye once títulos, al margen de sus comparecencias ocasionales en antologías poéticas y revistas.

Entre ellos figuran dos textos ejemplares; su último título, "*Lunas de Gaudalmesí*" y "*Las horas maduras*", que apareció en Sevilla, en la colección "Angaro", tras recibir un accésit al premio del mismo nombre, allá por 1975. Se trata, este último, del libro que sirve como eje a las dos etapas bien definidas de su poética: aquella que toma como referencia la temática religiosa y el paisaje, junto con la que aborda problemas inmediatos o eternos del ser humano.

TEMAS E INFLUENCIAS

En sus versos, comparece una visión de la realidad en minúsculas -como la muerte pequeñita de su último

texto, que "ni puede recibirse como a una vieja amiga / porque jamás tuvimos su hora en la mirada"-, donde lo cotidiano se ofrece al lector con toda su ración de ternura y despojado de superlativos. Según aprecia el profesor Antonio García Velasco, a lo largo de sus cuarenta y cinco poemas, trata de definir, "de mostrar en toda su complejidad, el ser del hombre, el vivir humano, nuestro estar en la tierra" (3).

Este libro resume en buena medida el alcance de la poesía de Fernández Mota. En él comparece sus preferencias métricas: "Los versos suelen ser endecasílabos, alternados o no con heptasílabos, blancos normalmente. Un soneto: poema 43, y algunos otros en versos alejandrinos", en palabras de García Velasco, quien también aprecia la preponderancia de un léxico donde abundan términos emergidos de la naturaleza: "luz, mar, cielo, arroyo, torrente, río, ola, agua, fruto, racimo, rosa, almendros floridos, campo desnudo, prado, bosque, pino, manzano, trigo, aves, paloma, viento, relámpago, abismo ... en una sucesión de metáforas de gran valor poemático".

A tenor de Concha Lagos, "su ayer campesino, confesado en la breve nota de la contracubierta, le aflora con frecuencia, desde luego, para bien de su poesía" (4).

También García Velasco distingue en tal libro una temática concreta que ya se apreciaba en textos anteriores y que va a marcar el resto de su bibliografía. Según el citado profesor malagueño, entre sus temas, aparece el de la fugacidad de la vida, la incertidumbre de la hora de la muerte, el recuerdo de los muertos, la alternancia continua de los momentos de placer y los momentos de dolor -luz y sombra, en un claroscuro constante-, la paz como deseo y como vivencia -"o el sentimiento amargo de que la paz llegará con la muerte"-, el deseo de salvación para todos los hombres, la limitación humana como pobreza, el amor, la mujer, el sentimiento religioso, la solidaridad y un cierto vitalismo que, en suma, engarza con el eje de autores de tradición propia y ajena -el reflejo de Whitman o el de su traductor León Felipe, parece ocasionalmente claro, aunque nunca he conversado con él sobre su posible influencia-

Algunos de estos asuntos ya se vislumbraban en su primer libro. Sucedió once años antes, corría el mes de abril de 1964 y su primera irrupción en el mundo literario iba a llevar un título de resonancias bíblicas -"Destellos del barro"-, con prólogo de José Luis Cano, quien se declara "poco amigo de escribir prólogos, y sólo habré escrito un par de ellos en toda mi vida literaria". Será Cano, en dicho texto, quien anticipe la herencia literaria en la que, para siempre, querrá vivir Fernández Mota: "Nos ofrece una poesía de estirpe andaluza, rica en color y fantasía, sincera y auténtica. En ella cruzan a veces sus sonos y sueños Salvador Rueda y Arturo Reyes, Bécquer y Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, gala y prez de la inmortal lírica andaluza" (5).

Dicho padrinazgo literario aparece explícitamente citado en "Herencia de esta tierra", uno de los poemas del libro y en cuyos versos, Fernández Mota alude al paisanaje, a la hermandad entre el hombre y el territorio que comparte, un concepto que trocará posteriormente con el de los criterios internacionalistas que caracterizaron a parte de la izquierda española de los años 60 y 70: "El compromiso de este hombre, de este poeta es con lo humano -advertirá años más tarde Juan Cervera-. Toda su poesía es una gran bocanada de humanidad. En esto nos recuerda al genial León Felipe, quien tantas veces nos repitiera: 'Si la poesía no sirve para hacer mejor al hombre, no sirve para nada'. La poesía de Fernández Mota busca por todos los medios hacer mejor al hombre a través de cada uno de sus versos" (6).

Parte, en el plano estrictamente lírico, de presupuestos similares a los que compartieron tendencias extremas de la poesía de posguerra: desde el grupo "Espadaña" al de la revista "Cántico", o la generación del 50. Sin embargo, no existe una promoción concreta a la que pueda encasillársele. Su primer libro hereda, desde luego, improntas del 27, del 98, del modernismo y del romanticismo español. Tales presupuestos irían, sin embargo, rompiéndose a partir de sus títulos siguientes.

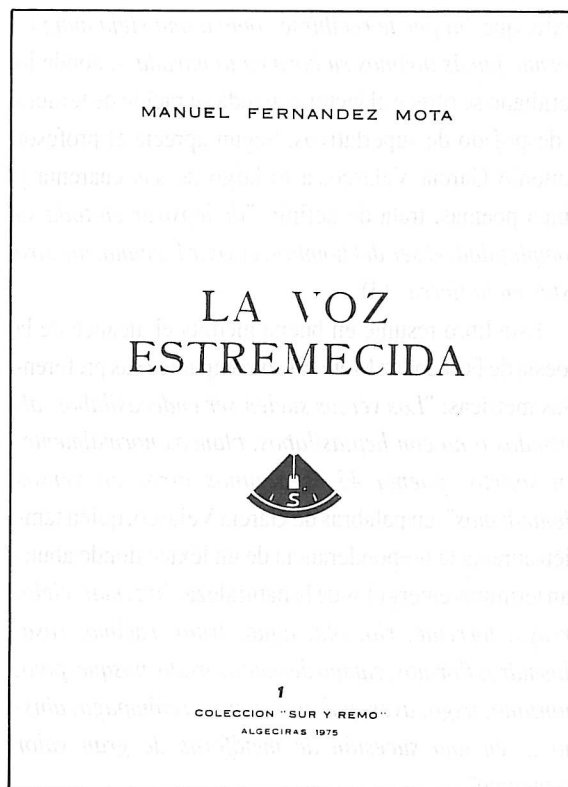
""BAHÍA"

Tras esta primera irrupción en el panorama poético de la época, Manuel Fernández Mota aguardará siete años para publicar su segundo y tercer libro. Quizás, apreciara en una reseña amable y respetuosa de Carlos Murciano sobre *"Destellos del barro"*, algún sutilísimo reproche hacia *"el latir apresurado del corazón de su autor"*. Entre una fecha y otra, eso sí, colabora en revistas diversas: *"Caracola"*, *"Artesa"*, *"Alamo"*, *"Profils poetiques"* o *"Poesía"*, de Venezuela.

También funda, junto a Daniel Florido y Antonio Sánchez Campos, la revista *"Bahía"*, a la que se vincularían en diversos momentos de su dilatada trayectoria otros autores locales, como es el caso de Julio y Miguel Ortega, Gabriel de Anzur y otros. La revista, hasta su número 50 en que desapareció, siempre compartió ese mismo interés por el compromiso histórico. Sus ilustraciones, la intencionalidad de los poemas y los preámbulos en prosa que acompañan a algunos de sus números dan idea de dicha voluntad incluso bajo el franquismo.

"Nuestra revista sale para servir a la poesía", se insiste como enunciado genérico desde sus páginas. La revista surge en 1967 y suele contar con subvención municipal, aunque los recelos públicos, tal como se da a entender en el texto que abre su número 13, al cumplirse tres años de su andadura:

"Si en torno de ella (la revista) se ha formado un núcleo denominado 'Grupo Bahía', contra lo que pudiera parecer, no significa identificación con ninguna tendencia; sólo es poesía en sus más diversas manifestaciones. En cada poeta respetamos su verdad, la libre expresión de sus sentimientos, con estas condiciones: calidad, limpieza y sinceridad. Sinceridad, factor humano imprescindible en toda manifestación artística. También nuestro reconocimiento al decoro respetuoso con que hemos sido estimulados y a la simpatía de lectores y amigos para nuestra revista. 'Bahía', espíritu universal, siente por estas razones, con más acendro, el lugar de su nacimiento: no sólo Algeciras, el Campo de Gibraltar a quien representa en ámbito de



la poesía, y del que espera seguir mereciendo el cariño y la 'atención' que, por cualquier circunstancia, aún no le haya sido dispensada" (7).

A pesar de su penuria económica, la revista va mejorando paulatinamente sus sistemas de impresión e incluso se plantea la organización de un Congreso de Poetas Andaluces, que no se lleva a efecto, participando activamente en el que se celebra en Albox, a 27 de agosto de 1976, cuando se conmemora a Federico García Lorca en el 40 aniversario de su muerte y se suscribe un manifiesto de claro tono andalucista -sin apellidos ni siglas- y a favor de un política editorial más coherente para Andalucía. El tono político de la revista va a oscilar sobre criterios del común, como fueren los de libertad, pacifismo, ecología y otros conceptos no excluyentes. Es el acento que predomina, por ejemplo, en la editorial de su decimotava entrega:

"Dedicamos este número a todos los hombres ignorados, oscuros, silenciosos; a los hambrientos de todas

las indias, paquistanes, biafras y amélicas; a los que luchan y se desangran en las irlandias, camboyas, vietnames, jordanas y sudanes; a los silenciados de todas las eslovaquias, grecias, pretorias, rodesias y brasiliias; a los oprimidos y sin libertad; a los amordazados, los vendidos, los acobardados y los miedosos; a los abrazados por el dolor, por el odio, por la enfermedad, por el desprecio; a los amarillos, los negros, los blancos, los cobrizos y los sin color; a todos los pobres y los ricos, los ignorantes y los sabios, los malditos y los coronados; a los que sufren, luchan y esperan; a todos los hombres de la tierra. Paz, paz, paz".

Desde las páginas de "Bahía" va a homenajearse a José Luis Cano o al malogrado Daniel Florido, uno de sus fundadores. Entre sus números destaca el dedicado a poetas andaluces. También desde esta misma tribuna literaria, se procede a la convocatoria del premio "Bahía", que se falla por primera vez a 18 de marzo de 1972, con un jurado que preside Juan Antonio Sánchez Anés, actuando como secretario Antonio Sánchez Campos y como vocales Manuel Fernández Mota, Francisco Malia Varo y Jorge Vasallo Navarro. La primera obra premiada, se titula "Claridad retenida" y es obra de Juan Mena Coello, de San Fernando. También se otorga, entonces, una mención de honor que recae en el escritor palentino Máximo González del Valle, por un libro que titula "De mí, de los otros, y del Otro". Otras quince veces ha sido convocado el premio. En su última edición, la de 1991, ha recaído en la escritora cordobesa Juana Castro y su convocatoria ha sido asumida por la Fundación José Luis Cano, del Ayuntamiento de Algeciras.

NUEVOS TÍTULOS

Fernández Mota vuelve a publicar en 1971. Sus dos nuevas entregas se titulan "Diálogo astral" que inaugura la propia colección "Bahía"- y "Versos doloridos" -en Angaro-. El primero de estos títulos responde a la intencionalidad religiosa -ocasionalmente panteísta pero de tradición cristiana-, que se advierte en buena parte de

su obra. Hugo Emilio Pedemonte define al libro -en realidad, poema dramático resuelto en un prólogo y dos actos-, como "una invención lírica en la que participa lo terrestre y lo cósmico" (8).

"El poema, en el que intervienen el Lucero, la Tierra y el Hombre -prosigue- alcanza, en verdad, momentos felices nacidos, sobre todo, de una sensibilidad que ha sabido percibir las cosas y los seres campesinos".

Fernández Mota dedica su libro, curiosamente, a los astronautas Gagarin, Armstrong, Aldrin y Collins, "con la esperanza de que florezca la paz en los planetas", en un rasgo de época que, a la luz de los años, puede pasar por ingenuista.

En 1975, en "Sur y remo", otra de sus colecciones algecireñas, Fernández Mota publica "La voz estremecida", que José Quintana relaciona acertadamente con Thomas Merton -inspirador de Ernesto Cardenal, entre otros- y en cuyas páginas ya se advierte el giro poético que imprimirá a sus versos, ese mismo año, a partir de "Las horas maduras".

Quintana escribirá sobre "La voz estremecida":

"Se abre este poemario con una composición que definiría la situación actual del poeta en solidaridad con todos los hombres, con versos fuertemente áridos y denunciante -'Estoy aquí con furia de torrente / y un cuajaron de sangre y de retama...'- . La vida se detiene para el hombre, se aprisiona en latencia forzada, y el humano, en su deambular de prisión en prisión, se oscurece, pierde la visión del entorno, tal vez la conciencia de su misión concreta, pero no la resonancia que le bulle allá adentro como mordiéndose el despertar del incomprendido insomnio: 'Busco en las brumas, busco por los montes / el rastro que me lleve a tu latido / o el oído que escuche mi lamento'" (9).

Si "Las horas maduras" suponía una inflexión, el eje entre dos actitudes poéticas, "Los muñecos de Prometeo" -título publicado en la colección "Bahía", en 1977- resulta una definitiva toma de partido, sin cautela ni ambages. En buena medida, este libro emparenta con el siguiente, titulado "La noche de los profetas" y aparecido en "Sur y remo", en 1980. En ambos late una poesía discursiva,

batalladora y desnuda en la que se aprecian ya algunas innovaciones estéticas que Fernández Mota mantendrá, con resultados desiguales, en sucesivas entregas de su obra poética.

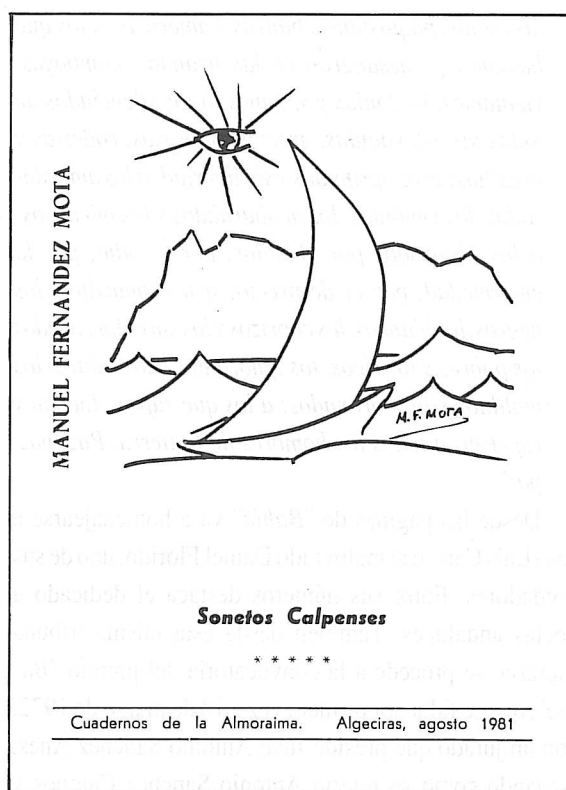
"Nosotros, sí nosotros. / Muñecos, sí muñecos / que nos creemos dioses, / y solamente somos / un puñado de barro", invoca en uno de los poemas que componen la figura lírica en "Los muñecos de Prometeo", un mito clásico al que recrea y actualiza en un momento histórico en el que este país recobraba el fuego de las libertades públicas:

"Su obsesión durante todo el libro es la criatura humana -escribe María Victoria Viñas-, los avatares sobre los que ha de ir configurando su esencialidad. Contempla el poeta el inmenso panorama de la existencia y no tiene por menos que sobrecogerse ante la multitud de opciones y caminos, ante el fabuloso arsenal de asombros y dolor que nos acechan. Mas, hay una segunda parte, Prometeo liberado, que nos lleva al inglés Percy Busche Shelley del XIX, sin que ello quiera decir que se halla inspirado en este poeta del romanticismo, pues en la obra de Mota no lo hay. Su obra es espontánea, surgida de una natural evolución de su personalidad" (10).

"Ser hombres es mantener / la dignidad como bandera blanca", escribe Fernández Mota en "La noche de los profetas", su siguiente título. Juan Cervera, desde Méjico, le emparenta con la poesía testimonial:

"Latigueante poesía de Fernández Mota que nos habla de la dignidad del hombre, de su liberta soberbia y que por nada del mundo debe someterse a la esclavitud. Memorias de dictaduras. Presencia de humillaciones. ¿No es ésto la historia, en gran parte, del hombre del siglo XX?" (11).

El poeta se remansa en los títulos siguientes. En "Sonetos calpenses", aparecidos en 1981 dentro de su colección "Cuadernos de la Almoraima", rinde homenaje a su metro preferido y "Poemas de Bahía" recopila en 1985 los textos aparecidos en la revista del mismo nombre. Son versos en los que se ejercita en el claroscuro



como instrumento lírico: la rudeza del adjetivo se alivia con el sustantivo aunque también ocurre al contrario.

"Apuntes al óleo sin arcoiris" aparece en Málaga en 1988, como antesala de "Lunas de Guadalmeś", un título que bajo soluciones ortográficas como la sustitución de algunos signos por una barra diagonal, encubre sus versos más lucidos y una arriesgada apuesta por cierta vanguardia que, por fortuna, juega a su favor. Según Antonio Enrique, en esta obra "se escribe desde el rebasamiento sensitivo, y a este tenor el libro cobra bellísimos reflejos, vislumbres trascendentales; hay armonía aquí, es más, entusiasmo. El libro huele, suena, todo se ve y se toca, es un puro enaltecimiento" (12).

Y José Luis Cano vuelve a escribirle desde Madrid: "Hermoso libro 'Lunas de Guadalmeś'. Tan lleno de luz, de mar, de río, y de sensibilidad andaluza que también se empareja (¿) con las lunas. Preciosa también la cubierta. Mi enhorabuena, pues, por este libro que enriquece tu obra".

NOTAS

- 1) El libro, de manufactura artesanal, edición de autor y su edición fue realizada en el colegio donde Fernández Mota ya ejercía como maestro.
- 2) En "*Sur y Remo*" aparecerá entre otros títulos, el primer poemario de su hijo, Pablo Antonio Fernández. Es de recordar en "*Cuadernos de la Almoraima*", la edición que prepara en memoria de Daniel Florido. "*Portus Albus*" es la colección elegida para los libros del Homenaje Bahía Poesía del Sur, una de sus últimas iniciativas para premiar el esfuerzo de quienes han contribuido a la difusión de la poesía andaluza. "*Viento y agua*" es una colección en prosa donde otro de sus hijos, Carlos Fernández, publicó un meritorio ensayo sobre el cine en Andalucía.
- 3) GARCIA VELASCO, Antonio: "*La poesía madura de Manuel Fernández Mota*". 14 de enero, 1979. Diario "*Sol de España*".
- 4) LAGOS, Concha. Revista "*Arbol de fuego*", número 108. Marzo, 1977.
- 5) CANO, José Luis, en el prólogo. En su poema "*Noche de Reyes*", en el que transfigura a los poetas en Reyes Magos, Fernández Mota escribe: "*Uno se llama Juan, / Antonio el otro, / Federico el que trae / vara de chopo*". Entre su centenario de poemas, el libro recoge otro que reza: "*Llevo el fino crespón de Arturo Reyes; / la verde cañavera, / el florido mantón, / los girones de ocasos y marinas / del genial Salvador. / El humano sentir de Altolaquirre / su angustia y su temblor*".
- 6) CERVERA, Juan: "*La noche de los profetas*". El Nacional. Méjico. 16 de febrero de 1981.
- 7) Hay que encuadrar la experiencia de "*Bahía*" dentro del ambiente provinciano de la época, con un grave peso del franquismo, hasta el punto de que los promotores de la revista deberán mantener un serio equilibrio entre el compromiso y las autoridades de la época. Dicha tensión no estuvo exenta de paradojas, como es el hecho de que se aproveche para algunos recitales públicos -o el primer recital de posguerra que José Luis Cano ofrecerá en la ciudad-, la propia infraestructura de locales relacionados con instituciones claves de la dictadura.
- 8) PEDEMONTTE, Hugo Emilio: "*Diálogo Astral, de Manuel Fernández Mota*". Poesía Hispánica, número 229. Segunda época. Enero, 1972.
- 9) QUINTANA, José: "*La voz estremecida de Manuel Fernández Mota*". El eco de Canarias. Las Palmas de Gran Canaria, 28 de febrero de 1976.
- 10) VIÑAS, María Victoria. Revista Carteya, número 21. Madrid, 1978.
- 11) CERVERA, Juan. Ib. Idem.
- 12) Carta a Manuel Fernández Mota. 1991.

3.- PERFIL HUMANO DE DOMINGO F. FAÍLDE.

Antonio Enrique

Fueron las primeras referencias mías acerca del poeta linarense, nacido en 1948, durante mis tiempos de estudiante de Letras, en la Universidad granadina. Era por aquellos años primeros de la década de los Setenta el hermoso Palacio de las Columnas, sede de la mencionada Facultad, un hervidero de empresas literarias, poéticas y teatrales fundamentalmente. Bastaba detenerse un punto en el rellano de la escalera que comunicaba con la cafetería -una cava siempre en penumbra, atestada de indolentes y soñadores-, a la derecha del amplio vestíbulo, para aquilatar tanta inquietud de todo orden: en el panel que cubría el testero de aquel muro, los recortes periodísticos, los avisos y citas, los pasquines demagógicos y los carteles, se disputaban el centímetro, en todos los colores y tamaños, a la manera de un tapiz de apremios vitales. Entre todas estas empresas, y por lo que se refiere a los afanes literarios, descollaba la revista "Tragaluz", donde se alineaba lo mejor y más inquieto del elemento cultural de aquellos confusos años. Con el tiempo, "Tragaluz" dio paso a "Poesía-70", pero no lo fue antes de que aquella crease la atmósfera que la segunda de estas revistas encontró, tanto en lectores -pocos- como en autores -bastantes-. "Tragaluz", mientras tanto, había acertado a acoger entre sus páginas un nuevo fermento creativo. Y Domingo Faílde, junto con Alvaro Salvador, se había erigido en dinamizador de aquella -como otras más tarde- aventura poética. No le

conocí yo entonces. Sus poemas ocasionales sí los leía ya. Me parecieron sólidos, impregnados, ya desde entonces, de una ansiedad muy cercana a la melancolía, con un fuerte componente sensual en las imágenes.

Fue a finales de aquella década, no obstante, y residiendo yo a la sazón en Úbeda, cuando un común amigo de Linares, compañero mío de aula y mi inseparable por aquellas fechas, Francisco Fernández Albalate por nombre (al presente coordinador en buena parte de los asuntos ajedrecísticos de aquella ciudad), me trajo con no pocas encomiendas, *Materia de amor* (1979), primer libro de Faílde, en una de sus repentinas visitas. De aquel ferviente libro, me quedó una certeza clara: yo debía ponerme en contacto con quien por el momento me pareció el poeta joven mejor dotado de aquellas tierras. No pudo ser, por entonces. Al año siguiente, en 1980 ya, apareció *Oficio y ritual de la nueva Babel*, libro vibrante donde despuntan inquietudes humanas, a cuya lectura accedí en una biblioteca pública. Perdí, luego de ello y por un tiempo, toda conexión con su obra.

Pero he aquí que en el mes de mayo de 1983 se celebra en Granada un encuentro de poetas andaluces, subvencionado por la consejería de Cultura de la Junta. La sede: el hotel Victoria, en plena Puerta real. No mediaron consultas, y por tanto los organizadores no mostraron excesivos escrúpulos por favorecer sus preferencias ideológicas: aquello de bien poco sirvió, como

que ni las actas llegaron a publicarse. Esto sí, las posturas tendieron a radicalizarse (como luego en unos años se vio). En las sesiones no se cedió la tribuna a quienes tenían otro argumento que oponer que no la gratitud. Las objeciones, por tanto, quedaron relegadas al neutro espacio del coloquio, donde es bien sabido que, en un ambiente oficial, suenan a redropelo, cuanto más que sirven de recurso de amparo al pretendido espíritu democrático. Pero con todo, a tales coloquios se solía llegar tan tundido que otros ánimos no había sino de salir a tomar el fresco. Una vez más se confirmaba nuestra genuina ineducación para llegar al consenso; pues de esto no hay aquí ni en lo cultural siquiera: consenso en cuanto a la distribución de subvenciones, si estas fueran oportunas, y no entrañasen ningún tipo de dirigismo. Pero de esto, como de otros asuntos, nada se habló. No obstante, y en lo que a lo personal se refiere, me aguardaba una sorpresa. Y es que a Domingo y a mí se nos había asignado una misma habitación. No aparecí yo en los tres días con sus noches, cosa que luego -y por motivos que no vienen al caso- me agradeció éste. Pero nuestra amistad ya estaba sellada. El hecho fortuito de la coincidencia suplió con creces la razón de cercanía que no llegó a operarse. Pues de hecho nos comportábamos, luego a la mañana, con la misma camaradería.

En su novela -en prensas por estos días- *Atlántida interior*, ha evocado Fernando de Villena la fuerte impresión que Domingo provocó en algunos de nosotros. Domingo destacaba por sus maneras mesuradas y su apariencia afable y pulcra de profesor honesto. Un traje azul, lustrado por el uso, un bastón con empuñadura de plata, los zapatos de suela flexible; la camisa blanca, impoluta, la corbata seria, un discreto perfume de loción. Callaba y lo observaba todo. Apenas si se movía, como absorto o muy concentrado en las sesiones, las palmas descansando sobre la empuñadura. Saludaba, pero sin efusión, a unos pocos, manteniendo con dignidad la circunstancia de ser escasamente conocido por los concurrentes. Estaba ya algo enfermo por entonces -aprensiones muchas veces de su carácter hiperestésico- y caminaba con pausa, deteniéndose de cuando en vez si mediaban escalones. La

sensación de permanecer a su lado era de acogimiento cordial, de bondad serena; las de hermano mayor de uno mismo. Nada de impacencias por publicar, ninguna apatencia por figurar. Su linaje, en este sentido, enteramente machadiano. Esto sin embargo, conservaba intacta su capacidad de rebeldía ante lo arbitrario, su repulsión instintiva por los dirigismos culturales.

De junio de aquel año data nuestra correspondencia, que alcanza al presente más del centenar de largas misivas. *Cinco cantos a Himilce* (1982) me lo envió a pocos días. Es éste, libro capital en su Obra. Destacan aquí, ya cernidas, sus cualidades más acendradas: la pasión por vivir, el aliento poderoso, la construcción impecable, el agotamiento de la sensibilidad y del poema conjuntamente. Siendo éste un libro de intencionalidad épica -Himilce, la mítica amada castulonense de Aníbal, emblema de aquellas tierras-, resulta un poemario epitalámico y altamente emocional. Con *Cinco cantos a Himilce* comenzaba un largo proceso de identificación con lugares determinados, rasgo ya continuo en su obra posterior. Este valioso libro lo recibí en Jerez de la Frontera, a dónde acudió para encontrarnos a comienzos del año siguiente. Domingo hacía algunos meses que residía en Algeciras, desde donde me llegaban sus cartas henchidas de vitalidad, pero también de honda tristeza. Su presencia fue un verdadero alivio para mí. En Jerez le recuerdo, silencioso e impasible, pero con esa emotiva discreción que despliega con los amigos, paseando bajo los naranjos de la calle larga. Pero, para entonces, yo había cursado visita a Linares, lugar de su anterior residencia, con ocasión de los trámites de publicación del mío *Las lóbre-gas alturas*. Y había conocido su cálido ambiente familiar, su paisaje predilecto, sus costumbres. Ahora aquí, en Jerez de la Frontera, Domingo se me mostraba, como en sus cartas, nostálgico de su hogar, añorante de otras gentes y ciudades, solitario y bastante enfermo. En lucha permanente contra el desarraigo, no siempre se libraba de las salpicaduras de la desazón. De Linares había tenido que partir por imperativos de índole profesional, pero habían mediado intenciones, no siempre nobles, de terceros. De un tiempo a esta parte, le sobrevenían fuertes

insomnios. Y el cuerpo se le resentía de medicamentos. De la despedida un domingo triste por la tarde, me quedé una sensación de desamparo aprensivo que me acompañó los largos días que siguieron.

Y vuelta a comenzar, porque en otoño de aquel año 84 dejaba yo Jerez y me trasladaba a Guadix. Domingo continuaba en Algeciras, pero aún sin certeza profesional en su destino, desde donde recibía puntualmente sus cartas. Éstas eran cada vez más deprimidas. Domingo, insisto, no se sentía acogido en la ciudad de su nueva residencia. Y no lo sintió por mucho tiempo.

"Después, todo el vulgar: el estrépito de los trenes y el retorno al prosaico silencio de la cotidianidad, las clases tediosísimas, los problemas mezquinos y, en mi caso concreto, la depresión y el hastío, que parecen haberme tomado por asalto en esta primavera de brumas tenebrosas, en tanto allá el Levante y al-Yazîrat-al-Jâdra dormita ante mis ojos" (carta 9 de mayo. 1987).

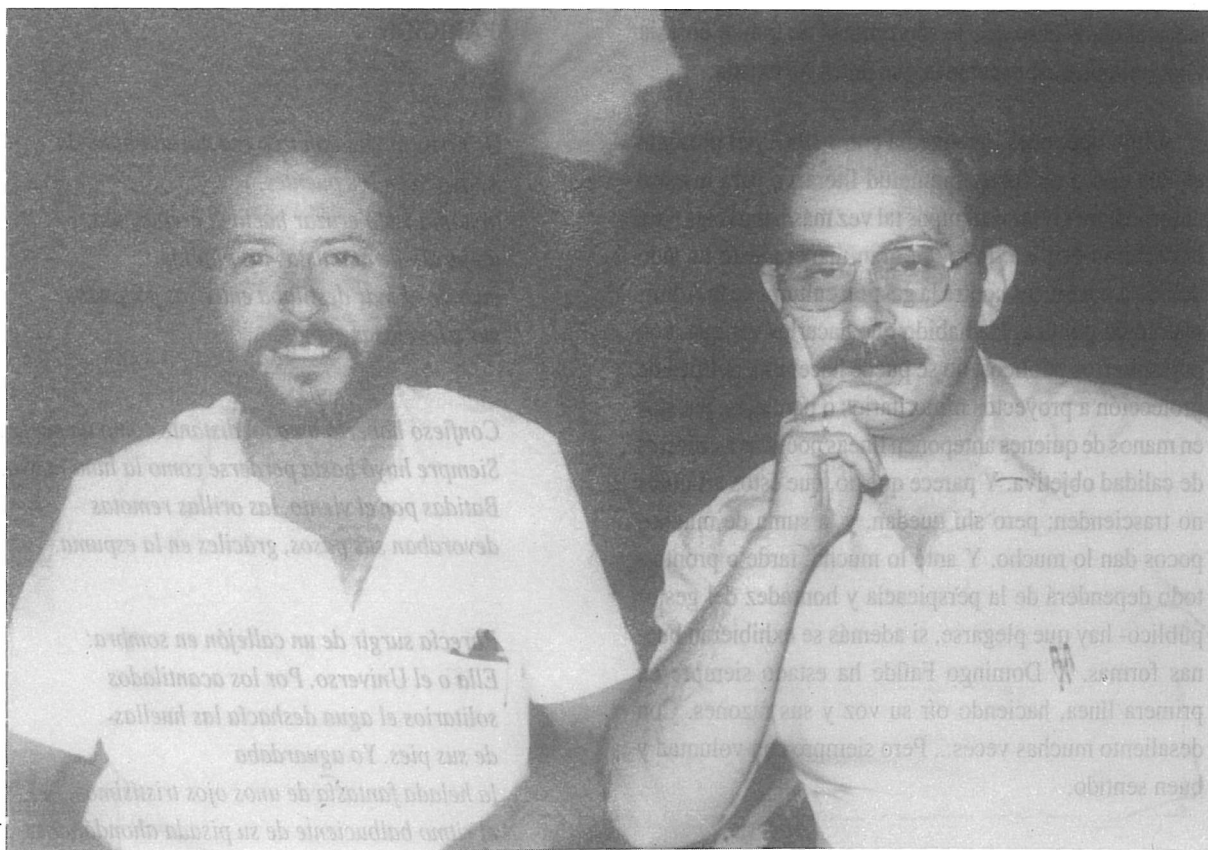
O esta otra:

"Mi depresión, amigo, roza ya la locura. No comprendo la sociedad en me ha tocado vivir, ni consigo adaptarme a sus valores de hojalata, de manera que observo con horror cómo estoy desdoblándome y cuán mal sobrellevo mi maridaje con la existencia. No comprendo lo que está sucediendo. Y lo peor: no lo acepto. Basta leer un periódico y, como en el suplemento de hoy de "Diario-16", toparte de bruces con la nueva "crema de la intelectualidad". Diseñadores de moda, fotógrafos, cantantes, empresarios, tecnócratas y animadores de la movida. Los poetas, los científicos, los filósofos, los historiadores, los lingüistas, los pintores, los escultores, los matemáticos, contamos menos que el más abyecto de los drogadictos. Decididamente, no puedo comprenderlo..." (carta, 29 de noviembre. 1987).

Domingo se derrumbaba, también en su salud física. Pero esta laxitud, este desgarró, no imprimió atonía a su creación, antes bien, y según rasgo cardinal de su temperamento, le acicateó para nuevos poemas. Escribía, y escribía con más hondura, con más tesón. De 1983 data

su libro *Ese mar de seco que os contemplo*, exaltación del paisaje y paisanaje manchegos, tierra que frecuentemente visitaba movido por su amistad modélica, entrañable, con Valentín Arteaga. En este poemario, en su distorsión sintáctica, en su brusquedad tonal, hay que buscar los síntomas de la crisis vital en que por aquel tiempo se debatía.

En 1986 y en Córdoba, en el trascurso de otro encuentro de poesía, volvimos a vernos, si bien aquí -con el mismo patrocinio, pero con distintos organizadores- las cosas fueron mejor y se prestó respeto a las opiniones disidentes. Por su labor de crítico imparcial, por el valor de sus sueltos combativos en la prensa primordialmente, pude constatar el respeto con que Domingo fue tratado; en Córdoba ya no era escasamente conocido, como en Granada. La noche del Guadalquivir, el sigilo que ampara los perfiles de la Mezquita a esas horas, el laberinto de las calles sefarditas, la evocación de los poetas de "Cántico", fueron evidencias compartidas en nuestros largos paseos, tras de las veladas. En este mismo año, apareció *Patente de Corso*, título fundamental suyo, posiblemente su mejor aportación poética, del que tuve la satisfacción de escribir un largo trabajo, simultáneamente publicado en Tomelloso, Málaga y Sevilla. No era enteramente favorable, y sin embargo, aquí otro rasgo relevante de su carácter, asumió con elegancia lo que podía ser enteramente discutible. *"La poesía tiene para Faílde un centro único, el hombre (el hombre de todos los tiempos y culturas), y un decurso, su condición metafísica de perenne exiliado que le lleva a añorar estados de perfección no posibles en la contingencia de su naturaleza. Es en esto tradicional, como todo poeta trascendente, aunque sus procedimientos se nos aparezcan como propios y originales. O sea, nostalgia, desencanto, desarraigo, ansiedad, están en el vértice de su identidad poética"*, escribí en aquella ocasión, añadiendo que *"sobre cualesquiera otra reminiscencias, estas tres, en él convergen, que provienen de nuestro mejor acopio estético: la sensualidad (en lo táctil de las preciosas materias escogidas y en su dibujo, no siempre nítido, sobre el poema), la exuberancia (sugerida por el ritmo sonoro apremiante*



Domingo F. Failde con Antonio Enrique, en Baeza (Jaén). Agosto, 1983.

de sus enunciados) y la trascendencia, ya esbozada (que nos viene en la hondura y sinceridad del tono)". Creo, no obstante, que este libro sirvió de catarsis, porque a partir de entonces vino a reconciliarse con Algeciras. Comenzó así un trato asiduo con Juan José Téllez, Manuel Fernández Mota, Manuel Naranjo, Mercedes Escolano. La dirección de la colección "Cuadernos de Al-Andalus", en colaboración con el librero Carlos Prieto, le despertó el entusiasmo de iniciativas de otro tiempo. Con su experiencia y moderación, coadyudó a otras empresas culturales. Volvió a integrarse como miembro del jurado en la última edición del premio Bahía. Su vida discurre entre las clases de la mañana, la lectura y escritura en las tardes domésticas, y luego a la noche las horas de asueto en una céntrica cafetería. Pero Algeciras ha ido poco a poco ganando su corazón. En la última de mis visitas, en marzo de este mismo año, Domingo, a la hora de sobremesa, me

invitó a acompañarle a la azotea de su casa; hacía una tarde espléndida, la luz diáfana y la mar en calma. Era que deseaba "presentarme" la ciudad. La Bahía, su milenario secreto, entre Punta Carnero y Punta de Europa; el peñón Calpe, o Yebel Tarik, presidiéndolo todo, como una deidad ignota. Y Domingo Failde, con voz contenida, fue desgranando los nombres de las delicias que señalaba con la contera de su bastón de ébano: Los barrios de San Isidro, del Rinconcillo, de Pelayo, Nuestra Señora de la Palma y Nuestra Señora de Europa, el parque de María Cristina... Y en el fulgor de la tarde, en la calma luminosa que apenas sacudía una brisa liviana, casi azul, su voz la sentí empañada de resonancias cordiales, pues aquellos nombres no le eran distantes, sino algo propio, algo ya asumido en la historia de cada día. De esta manera, no puede sorprendernos que en el último de sus libros, *De lo incierto y sus brasas* (1989), aletee, junto con las pince-

ladas al claroscuro que le son propias un mayor énfasis vital, un ápice de esperanza que antes no existía.

El tiempo, pues, que media entre 1987 y el presente es una época de fuerte inquietud literaria, para nuestro autor. Ahora vivimos tiempos tal vez más habitables para la creación poética. Pero, en gran manera, esto ha sido debido a polémicas contra la gestión cultural de la Administración pública. Ha habido que hacerles ver que, con presupuestos públicos, no se puede hacer una política de protección a proyectos minoritarios o parciales, puestos en manos de quienes anteponen líneas poéticas a criterios de calidad objetiva. Y parece que no, que estos artículos no trascienden; pero ahí quedan, y la suma de muchos pocos dan lo mucho. Y ante lo mucho, tarde o pronto - todo dependerá de la perspicacia y honradez del gestor público- hay que plegarse, si además se exhibieran buenas formas. Y Domingo Failde ha estado siempre en primera línea, haciendo oír su voz y sus razones. Con desaliento muchas veces... Pero siempre con voluntad y buen sentido.

De su inquietud humana, de su sentido de la belleza, buena prueba será para el lector el poema titulado "Desencanto de Ulises", inserto en su libro *Patente de Corso*. En 1988, con ocasión de un proyecto antológico aún en curso, él mismo escogió este poema, no como el mejor - que él mismo considerase- de los suyos, ni tampoco como el más representativo, sino aquel por el que, si todo llega, como debe llegar, y también el olvido, placería de ser recordado entre sus amigos, o amigos de sus libros.

Tiene, por valor intrínseco de su obra, pero también por el respeto que causa en muchos de nosotros, un puesto seguro en la reciente Lírica andaluza. Quien, como el que esto escribe, va a Algeciras por el simple deseo de pasear a su lado por la calles de la mágica Al-Yazîrat, y estar unas horas con él y los suyos, atestigüa una razón de vivir fundada en la poesía, y en una de las obras más elaboradas y mejor sentidas de nuestro actual panorama literario.

APARICIÓN

*De otras tardes conozco esa mirada húmeda.
Apoyado en los puentes,
la había visto cruzar hacia el crepúsculo,
un jardín de amatistas las pupilas,
cuando el mar destilaba entre los párpados
sus silenciosas gemas.*

*Confieso haberla amado, distante como un sueño.
Siempre huyó hasta perderse como la luna nueva.
Batidas por el viento, las orillas remotas
devoraban sus pasos, gráciles en la espuma.*

*Parecía surgir de un callejón en sombra:
Ella o el Universo. Por los acantilados
solitarios el agua deshacía las huellas
de sus pies. Yo aguardaba
la helada fantasía de unos ojos tristísimos,
el ritmo balbuciente de su pisada ahondándose
tras la resaca azul y, emblema ya invisible,
lenta desvanecerse bajo el confín del mundo.*

*Ella era sólo un signo en la fría intemperie
del piélagos vastísimo, sólo un rumor lejano
y oculto, una silueta de luz ante lo oscuro,
un volumen al viento, un mármol entre líquenes,
un dorado navío penetrando en la noche.*

*Ella o el Universo: pero cuánta distancia
entre el amor y el sueño y entre la luna nueva.
De otras tardes conozco su fugaz espejismo:
Como si hubiera muerto, como si hubiera muerto...*

(de *Patente de Corso*)

DESENCANTO DE ULISES

et quod vides perisse perditum ducas.

CATULO

*Llovía en nuestros cuerpos la sangre de los astros.
El arpegio celeste
iba cayendo en tromba sobre los soñolientos
rostros y un plomo umbrío
se apegaba a las costas como un pesado velo.
Así, mientras la noche
sacudía mamparas o ululaba en las grímpolas,
el mar enarboló sus rizos tenebrosos
y los fuegos de Ítaca
se fueron apagando, cautamente y esquivos.*

*Estábamos huyendo, aunque tal vez de nadie.
Vencedores de truenos y centauros, mordíamos
la aciaga luz umbrosa del frío plenilunio
que galopaba fiero tras las constelaciones.*

*No nos quedaba tiempo, sólo una noche eterna
por deshojar, terrible flor de antiguos presagios,
rodando por el suave declive de las horas
al antro de ceniza donde hierve la ausencia.*

*Habíamos anhelado torrentes de hermosura.
El deseo era el único candil que nos guiaba.
Fue un pedestal mirífico aquel amor fungible.
Lo demás, una estela que se alarga, perdida.*

*Nada hay delante ahora del navío, llamándonos
con música inaudible; nada convoca al remo
que hiende la gallarda cimera de las olas,
abriéndose caminos de orquídeas ilusorias.
Eramos extranjeros sin billete de vuelta,
náufragos o mendigos sin nombre y sin historia,
un latido en el cosmos, un ímpetu flamígero
en pos de algún islote yermo y desconocido.*

*No mereció la pena tanto viajar inútil.
Nada era lo que era, salvo el mar belicoso.
El vientre de la tierra se abrió como un sepulcro
y llovía en nuestro cuerpo la sangre de los astros.*

(de *Patente de Corso*)

PASEANTE NOCTURNO

*"Soy un objeto de la noche, vago
de calle en calle hacia una plaza rota..."*

(Francisco Brines)

*Pero aquí,
en la ciudad,
sabor a madrugada con vapores
del último licor, casi apurado
el roce de tu piel,
la emoción de un asfalto secretamente umbrío,
palpitantes silencios al corazón asoman,
convocando vocablos olvidados,
esa frase que acaso debiera haberte dicho
o un beso que rompí
cuando el último barco
dibujaba una estela con tu nombre en el agua
y yo seguía buscando
el cárdeno ostentorio de tu boca, sin rumbo.
Y aquí,
en alguna parte,
se ha encendido un fanal en la oscura intemperie
cuando no queda nadie
que apueste un trago más por nuestra historia
(let it be, déjalo,
no tienes tiempo),
y el alba me sorprende, oliendo a alcohol perfecto,
envueltas en la bruma la ciudad y tus ojos,
como si estoy soñando,
como si fuera cierto
que existimos.*

(de *De lo incierto y sus brasas*)

Letras

VOLVER AL PARAÍSO

"Así la eternidad era el minuto"

(Vicente Aleixandre)

*Desnuda, ya nada existe
en este anillo funeral que inclina
su sombra bajo el tiempo, y es tan sólo letargo
la estancia, aquella lámpara
que se apagó de pronto en la caricia
de una ciudad celeste, mientras estoy tomándote
en la complicidad helada del silencio,
y más lejos el mundo
enciende su cosmética nocturna.
O descansa
la imperceptible púrpura de un labio
contra el cristal ilímite
de una copa vacía.*

(de *De lo incierto y sus brasas*)

EL SILENCIO

"lo ilusorio de un poema"

MIGUEL GALANES

*Contemplemos la luz. Y en esa senda
nada se anuncia, nada se presiente,
sino una sensación de ingravidez,
una nublada indiferencia, un mudo
contraste que suscita
y evoca, sin que nadie
logre apresar los signos transeúnte
de lo que va quedando,
como un vapor inhóspito,
en la estela del tiempo.*

*Pero no, no es real nunca el espacio
que se insinúa, insistente,
ante nuestras pupilas: fuego, escarcha,
inconstantes
fenómenos cubiertos de ceniza,*

*la pedrería ilusoria
de una respiración.*

(de *Patente de Corso*)

LAS VENTANAS DEL CAOS

*Consumado el combate,
esta aparente calma,
la opulencia
del estremecimiento,
los signos invisibles de la consternación.
Porque,
en viendo los cuerpos,
alguien dirá, tal vez,
es camafeo el paisaje de una paz infinita,
yacentes las miradas, los apagados ópalos
que lumbre derramaran,
y, ahora,
copos suaves, se incrustan en la niebla
y, a menudo, simulan
un lánguido estertor de desamparo
o una mueca impasible
bajo la lenta lluvia.
Sabían que la vida era frágil y hermosa,
que brillaba en los pomos un resplandor dorado,
que detrás de las lomas
la victoria oscilaba sus diamantes,
y les latían los pétalos del mar.
Eran bellos, dichosos, como estambres
de imperceptibles rosas
que el viento ha escarnecido.
Vedlos aquí, sin llamas en las manos,
sin sedas en el pecho,
sin color en el rostro,
rodando por el alba, mansamente desnudos.
Buscaron la embriaguez de la gloria más alta,
pero el tiempo detuvo sus corceles
y los signó
inmortales.*

(de *De lo incierto y sus brasas*)

APÉNDICE

BIBLIOGRAFÍA:

Materia de amor (Barcelona, 1979), *Oficio y ritual de la Nueva Babel* (Linares, 1980), *Cinco cantos a Himilce* (La Carolina, 1982), *Ese mar de secano que os contemplo* (Tomelloso, 1983), *Qasida para un sueño inacabado* (Tomelloso, 1983), *Patente de Corso* (Algeciras, 1986), *De lo incierto y sus brasas* (Valdepeñas, 1989).

ANTOLOGÍAS:

Sánchez del Real, Diego: *Jaén y sus poetas* (Jaén, 1978), Molina Damiani, Juan Manuel: *Un vistazo por la poesía giennense de postguerra* (Jaén, 1983), García Guirao, José Diego: *Poetas andaluces* (Almería, 1983), Sánchez-Cañete, Lourdes y Carmen: *Textos comentados de poetas de Jaén* (Granada, 1986), Cózar, Rafael de: *Polvo serán...* (Sevilla, 1988).

ESTUDIOS:

Urbano, Manuel: *De los materiales poéticos de Domingo F. Failde García* (Diario "Jaén", 12.01.1975), Urbano, Manuel: *Un hermoso libro de poemas: "Materia de amor", de Domingo F. Failde* (Diario "Jaén" 20.05.1979), Zorzano Corbella, Adolfo:
Domingo F. Failde: "Materia de amor" (Rev. "Himilce", nº 0, Linares, 1979), Gijón Crespo, Emilio: *"Cinco cantos a Himilce", del poeta linarense Domingo F. Failde, un canto épico andaluz* (Diario "Jaén", 14.12.1982), López Villarejo, Francisco: *"Cinco cantos a Himilce", del linarense Domingo F. Failde, un hermoso canto a Andalucía* (Diario "Jaén", 21.12.1982), Pastor, Juan: *"Cinco cantos a Himilce", poemario del poeta Domingo F. Failde* (Rev. "Devenir", nº 7, Barcelona, 1982), Arteaga, Valentín: *Ese mar de secano que os contemplo* (Diario "Lanza", Ciudad Real, 22.01.1983), Martínez San Martín, Angel: *La tierra y la palabra. En torno a "Cinco cantos a Himilce", de Domingo F. Failde* (Diario "Jaén", 06.02.1983), Ortega Campos, Ignacio: *El poder de emoción en la poesía de Domingo F. Failde* (Diario "Jaén", 13.02.1983), Cano, Vicente: *Domino F. Failde, artífice de la palabra y buceador del sentimiento* (Diario "Lanza", Ciudad Real, 29.05.1984), Arteaga, Valentín: *Qasida para un sueño inacabado, de Domingo F. Failde* (Diario "Lanza", Ciudad Real, 19.02.1984), Rubio, Fanny: *Lugar de la poesía. A propósito de "Patente de Corso", de Domingo F. Failde* (Rev. "El Cardo de Bronce", nº 6, Tomelloso, 1986), Heredia Maya, José: *Domingo F. Failde* ("Diario-16, Sevilla, 01.11.1986), Téllez, Juan José: *"Patente de Corso", vida corsaria del marqués de Failde* ("Sur Cultural", Málaga, 08.11.1986), Arteaga, Valentín: *Domingo F. Failde o la "Patente de Corso" para la poesía* (Rev. "El Cardo de Bronce", nº 10, Tomelloso, 1987), Enrique, Antonio: *"Patente de Corso", de Domingo F. Failde* ("Sur Cultural", Málaga, 21.02.1987), Alfaro, Rafael: *Poesía posnovísima* ("Doce años de cultura española, 1976-1987", Madrid, Ed. Encuentro, 1989, pp. 67-72), Arteaga, Valentín: *Domingo F. Failde entre lo incierto y sus brasas* (Diario "Lanza", Ciudad Real, 21.05.1989), Naranjo, Manuel: *Domingo F. Failde: Dos rumbos hacia la luz. Notas previas a una lectura de "De lo incierto y sus brasas"* ("La Isla", Algeciras, 28.05.1989), Lupiáñez, José: *Domingo F. Failde: "De lo incierto y sus brasas"* ("Cuadernos de Sur", Córdoba, 06.07.1989), Garrido Morga, Antonio M.: *El mito en Domingo F. Failde* ("Sur Cultural", Málaga, 26.08.1989), García, Concha: *Del miedo y la zozobra* ("Diario de Tarragona", 27.08.1989), Reig, Ramón: *Panorama poético andaluz en el umbral de los años noventa* (Sevilla, Guadalmena, 1991. vs. pp. 36, 37, 39, 46, 96, 98, 99 y 175).